

**ANTOLOGÍA  
DE LAS  
MEJORES  
NOVELAS  
POLICÍACAS**

**TOMO XVIII**

«Antología de las mejores novelas policíacas» en XVIII volúmenes en octavo, publicada entre los años 1958 y 1982 por la editorial ACERVO.

## Anotación de la recopiladora

*Desde hace algún tiempo la idea de esta Antología me estaba rondando, pero procuraba apartarla de mi mente para no caer en la tentación. Sin embargo, la idea se hacía presente una y otra vez y empezaba a mostrarse insolente y fastidiosa insinuando que yo no era capaz de llevarla a cabo. Entonces fue cuando decidí caer en la tentación para librarme de ella. Y llamé por teléfono a D. Gonzalo Torrente Ballester. Sí, ya sé que, por desgracia, D. Gonzalo no se encuentra entre los autores que compendia esta Antología pero, en un principio, no rechazó mi oferta, sólo la condicionó a que se le ocurriera el tema adecuado. Y he de reconocer que eso me dio ánimos. Después escribí con la misma pretensión a D. Ramón J. Sender y, un mes después, recibí su cuento junto con una amable carta. Y llamé, y llamé. Y escribí cartas. Y aquí está el producto final, por el que he de dar las gracias a todos los prestigiosos escritores que me han prestado su colaboración. ¡Ah!, y no me acusen de machista, ya que mi idea inicial era incluir, al menos, cuatro relatos de mujeres escritoras. No he podido conseguir ninguno. Otra vez será.*

Ana Perales

## MAS ALLÁ DE LA INTUICIÓN

Rafael Castellano de la Puente

*Nacido en Madrid, Chamberí, calle de Santa Engracia, en 1943. En 1960, y coincidiendo con el comienzo de la inenarrable década, publiqué mi primer «Tiemblo después de haber leído», cuyo título era La araña y que le gustó mucho a un amigo que por entonces estudiaba arte dramático como yo, y que se llamaba Manuel Galiana. Hasta entonces la sección se había nutrido de traducciones en síntesis, y a raíz de «La araña» quedó a cargo de un tal F. Finest —yo—, que posteriormente mutaría a Rafael Castleman, firma empapada de colonialismo como los propios años 60, pero que en cierto modo preservaba mi identidad. Estuve publicando —me refiero a Rafael Castleman— mi «Tiemblo» hebdomadariamente hasta que «La Codorniz» muriera en 1976. En total debo haber escrito unos ochocientos relatos suspensivos, estremecedores, horripilantes, de anticipación, espiritistas, góticos, según la vena. Sin contar los que me pedían, inéditos, para antologías como ésta, Acervo, Castellote, Ediciones 29 y bastantes más.*

*En 1975, Ediciones Marte (Barcelona), publicó un volumen con 50 de aquellas narraciones y el mismo título de la famosa página, «Tiemblo después de haber leído». A veces me lo encuentro en los cajones de lance.*

*Yo, en 1968, había huido de un Madrid que me era inhóspito y me vine a Euskadi, aquejado un tanto del síndrome de Poe. Me han hablado mucho del mayo de aquel*

año, pero yo no tenía dinero para llegarme a París. Seguía mandando la colaboración y recibiendo a cambio misérrimos giros. Tiempos. Me agregué a la prensa de provincias —entonces a Euskadi no se le podía llamar así—, y en ella me he movido hasta recalar en EGIN, donde ahora escribo una columna diaria, «Alajainkoa», que la lee todo el mundo, incluso la oposición. En EGIN ejerzo asimismo de reportero, hago mucha calle, me interesan los grupos marginales. También voy a exposiciones y luego escribo lo que me sugieren. Mantengo una sección en euskara en la revista «Argia». En «Punto y Hora» hago otra página. Pertencí a la redacción de la revista literaria «Kantil». A veces me encargan trabajos en revistas y agencias de Madrid, pero muy ocasionalmente.

He escrito siete libros. Tiemble después de haber leído (Ediciones Marte, 1975); Cosas, anecdotario de Euskalerra (C.A.P., Donostia, 1977); Vascos heréticos (Luis Haranburu editor, 1977); Erotismo vasco (id.); La Viuda (Hordago, 1978); Sutondoan (C.A.P., Donostia, 1981). Acaba de salir Misterio de Vizcaya (publicado por «International Books Creatin», Bilbao), en colaboración con el fotógrafo Sigfrido Koch.

No recuerdo en absoluto el argumento de «Más allá de la intuición», elaborado hace varios años. Supongo que cuando lo relea sentiré como si lo hubiera escrito un amigo muerto. Todo lo contrario del revival, como se ve.



«El cerebro soluciona los problemas efectuando una evaluación matemática.»

(Bernard Hassenstein, *Cibernética y biología*)

Ironías del destino. A Facundo Miramón se le dieron siempre muy mal las matemáticas. No las comprendía, y acabó el bachillerato a trompicones, gracias al hartazgo de su profesor de la citada ciencia exacta, hastiado de ver día tras día el rostro hermético de aquel alumno cerril, continente de un cerebro incapaz de aprehender el menor concepto abstracto. Al cura que le daba religión le hizo llevarse las manos a la cabeza cuando, progresista él, quiso introducir en los sesos de Miramón lo que era el infinito con símiles poético-infantiles.

—Mira —le había dicho una vez, tiza en mano, mientras trazaba una línea recta horizontal—: esta serie de puntos es infinita. ¿De acuerdo?

Facundo había asentido con la cabeza. Y el sacerdote, muy orgulloso de sus dotes simbólicas, había trazado otra línea de arriba a abajo.

—Esta serie de puntos también lo es, ¿no?

Nuevo asentimiento tácito.

—Y ¿qué forman?

—Una cruz —había repuesto Miramón al cura, que jubilaba.

—¡Pues eso es Dios! ¡El infinito en forma de cruz, Facundo!

Miramón se había quedado mirando el simple dibujo, y, tras cavilar unos segundos, había afirmado:

—Pues no hay Dios, entonces.

—¡Qué dices, hereje! —le cayó la tiza de la trémula mano al cura.

—Que si prolongamos las líneas de la cruz, se terminarán donde termina la pizarra; y la pizarra no es infinita.

Ironías del destino, dije antes: y es que Facundo, que era torpe, pero no tonto, y que veía compensadas sus escasas facultades para el cálculo con una intuición prodigiosa, había renegado de las matemáticas, renunciado a los estudios universitarios, y se había empleado en un banco. ¿Para qué gastar más dinero en matrículas y en libros que le eran inútiles?, fue su argumento ante su madre, desilusionada, que veía, con esa ceguera que procura la sangre común, a su Facundín graduado en exactas, en química o en geología.

—Además, cobraré un sueldo que irá aumentando —insistió Miramón—. Eso me dejará la conciencia tranquila, porque podré compensar todos los sacrificios que hiciste, y que no pude aprovechar. Has estirado al máximo la pensión de mi difunto tío, que no es gran cosa. Y has tenido que tragarte durante todos mis estudios el amargo desengaño de mis suspensos y de las filípicas de mis profesores... No: no es justo. Yo tengo que aportar algo a esta casa, y, ya que se me ofrece la ocasión de entrar de contable en la Mutual Ibérica gracias a que nuestro amigo Cendrón me ha recomendado, no voy a desperdiciarla.

—Pero, si dices que eres tan negado para el cálculo, ¿cómo vas a trabajar de contable? —se extrañó su madre—. No durarás allí ni un día. Te equivocarás; harás balances cojos. ¡Qué digo cojos! ¡Cojos, mancos y tuertos! ¡Y no es eso lo peor! ¡Lo peor es que te pueden tomar por ladrón, que pueden creer que te haces el tonto para apandar lo que te cosquillee bajo los dedos! Pero ¡allá tú! ¡Nunca tuve, ni quise tenerte, dominado, y menos ahora, que eres un hombre! En cuanto a lo que ganes, no quiero nada de ello: será para ti. Nos sobra, aunque te parezca mentira, con la pensión. Tenemos el cocido garantizado, y con qué vestirnos.

—Te pongas como te pongas —rió Facundo—, te entregaré lo que gane menos lo que me haga falta para tomar unas cervezas y tabaco.

La madre se le quedó mirando, con el gesto un tanto extraño. Después le señaló con un dedo huesudo, amenazador, y acabó por proponer:

—Y para salir con una chica, ¿no?

Facundo Miramón se ruborizó. No era guapo chico, y, además, su timidez rozaba lo patológico. Se quedaba pensativo frecuentemente ante las fanfarronadas de sus compañeros; ante aquellos alardes de virilidad —estigma indeleble del celtiberismo— que se sucedían en el ágora del patio del colegio antes de que la campanilla sonara llamando al desasne los lunes por la mañana. Todo había sido para sus amigos reuniones sabáticas y magreos dominicales. Para él, paseos taciturnos que abarcaban toda la capital. Y unos esfuerzos que le ponían al borde del llanto cuando llegaba, agotado, con las pantorrillas doloridas, y se ponía frente a su pupitre de trabajo para tratar de conjugar y poner en orden aquellos abstrusos teoremas; aquellos silogismos garrapateados de números que tenían premisas sólo, ya que la consecuencia lógica y perfecta tenía que lograrla su inteligencia.

Y no podía. En las carpetas de sus compañeros de aula, que habían bailado, bebido, fumado, ido al cine con una muchacha de escasos prejuicios a la «fila de los mancos», los silogismos matemáticos, más o menos estaban resueltos, hechos de forma que el dómine comprendiese que el muchacho había llegado al cogollo del asunto, y que, hubiese o no acertado, había comprendido: un cinco, un seis, les esperaba. En la carpeta de Miramón, cuyo único esparcimiento solía ser contemplar el manar de las fuentes municipales; la observación de los tipos que se le cruzaban con ese rictus de día de fiesta del que nadie se desprende; el estudio de la expresión melancólica de los bichos presos del zoo o la meditación al tiempo que vagaba por las sacra-

mentales de San Isidro y San Justo después de haberse parado ante la tumba donde su padre, el coronel de Intendencia Miramón, o lo que había sido ello, yacía, los problemas estaban mal, rematadísimo mal resueltos o sin resolver. Sólo había gozado de su soledad, del cine íntimo que es la memoria, la retrospectiva, la prolongación de su inteligencia que, si no nula, no era aplicable a los algoritmos de Euclides ni de Arquímedes. Su madre, un día, le había preguntado que si quería ser cura, al ver su condición solitaria y contemplativa.

—Tu padre murió en el primer bombardeo de Madrid. Y yo soy liberal —le había dicho—. Con él se fue su dogma: «No quiero que en mi casa huelen a incienso o a sotana agria».

—Tenía razón —fue la respuesta de Facundo—: los curas huelen a agrio, y no tengo la menor vocación de engarzacados. Nunca rezo. Me gusta la soledad, y eso es todo. Si no me has visto salir con chicas, ni ir a bailes ni reuniones es porque los espejos no mienten y no quiero que me den con él en las narices. No poseo talento que compense mi insipidez física, y prefiero los conciertos a la música estruendosa. Me dan asco los rebaños apiñados en las salas que dicen de juventud, y, además, no soy muy hablador. Soy hurraño, y me gusta hablar conmigo mismo. ¿Cura yo? Mal ojo de madre tienes. Y, si has tenido algún pensamiento equívoco —ya apunté que la intuición de Facundo era extraordinaria— te diré que soy un hombre completamente normal que sabe admitir sus deficiencias y el alcance de sus posibilidades.

Era verdad que nunca rezaba. Iba a ver la tumba de su padre por inercia, y por gozar después del vagabundeo entre losas antiguas con vello de hiedra y musgo, caóticamente dispuestas en muchos patios, encabezadas por cruces de mármol o de hierro de forja que el orín carcomía. Ante la losa que cubría la sepultura del coronel republicano Miramón se paraba, no a encomendarle al Supremo Ser, sino a

intentar saber cómo había sido. Cómo había andado, qué gesto ponía al gustar un buen vino; cuál era su expresión cuando se encolerizaba o cuando se divertía; qué problemas habían medrado en la estructura ósea que ahora estaba bajo tierra era lo que realmente le interesaba. Y después, haciendo crujir la gravilla del abandonado camposanto, se perdía por aquellos vericuetos, laberintos de la muerte, queriendo re-crear el carácter de un padre al que sólo conoció cuando no tenía uso de razón.

Aquella curiosidad por los espíritus muertos había aumentado, y muchos días de fiesta, a veces al salir del colegio, algo le atraía a las Sacramentales: el deseo de adivinar la idiosincrasia de cada fallecido, allí puesto bajo la tierra húmeda. Leía los nombres, y, como un hábil pintor esboza con trazos ágiles la figura de un modelo, su imaginación dibujaba tendencias, manías, tics, vicios, virtudes, aficiones y personalidades ya esfumadas, confundidas con la nada eterna. ¿Por qué aquel paso por la Tierra? ¿Por qué aquel capricho de la Naturaleza, que creaba un ser para después destruirlo tras haberle obligado a crearse más obligaciones y a sobrevivir sabiendo que no había salida ni solución, y empujando la carga de sus prejuicios e instintos con la tenacidad de un escarabajo pelotero haciendo rodar su carga? El misterio de la vida siempre le había intrigado a Facundo, y también su falta de sentido y su gratuita discriminación. Trató de escribir algo sobre el tema, pero no tenía grandes dotes para la sintaxis, que al fin y al cabo es la matematización de un texto. Ya lo ha dicho Pierre Bertaux en su ensayo: «El concepto lógico de la cibernética» —e insisto en esta ciencia durante el relato porque en ella se van a basar muy pronto no sólo la medicina, la biología y la astronomía, sino también la psicología y la sociología—: «La palabra escrita es el fundamento imprescindible de un pensamiento preciso y progresista». Facundo tenía mucho de progresista, pero nada de preciso. No era, además, diestro en metáforas, paralelismos, símiles o apuntes irónicos. Y,

pese a que toda su persona resumaba abulia y nihilismo, Miramón era un personaje activo hacia lo íntimo; un ejemplo del superhombre encadenado que definió Nietzsche, que no se enganchaba a sistemas definidos, que era incapaz de concentrarse. Releyó sus insulsos textos y decidió, con aquella su gran dote de aceptar los defectos propios, dejar también la filosofía como proyecto futuro.

—¿No me has oído? El dinero que ganes no va a ser todo para cervezas, tabaco, periódicos y cine —insistía su madre—: ha de servir también para que salgas con una chica. Podemos defendernos con la pensión de tu tío Simón, y además se habla de que próximamente las viudas de oficiales republicanos muertos en la guerra civil cobrarán pensiones como las otras.

—Nos alimentaremos de cadáveres, pues, como las hienas —fue el comentario irónico y macabro de Facundo—. Y, además, ¿con qué chavala quieres que salga? Conozco un par de ellas, pero son amigas para dar un breve paseo o sentarse en una terraza a plantear temas sin interés; a fomentar la trivialidad. Y yo detesto la trivialidad y la rutina.

—Pues eso es, ni más ni menos, lo que te espera en el banco: rutina —sentenció la viuda de Miramón.

—Te equivocas. Esos trabajos acaban convirtiéndose en mecánica, y el hombre, entonces, es más capaz que nunca de autodividirse, de dialogar consigo mismo sin dejar que su cáscara material siga funcionando. Algunos científicos lo llaman retroactividad, frente a los que se oponen a tales facultades limitando la acción impensada al ya arcaico concepto de «reflejo condicionado» —las pupilas le brillaban, con un desusado entusiasmo, a Facundo—. Nuestro sistema de neuronas es mucho más complicado que todo eso, y tiene un terreno intensísimo de actuación. Piensa en un hombre que escribe a máquina, o maneja un «telex»: al tiempo que toda su mente se concentra en cómo va a desarrollar la idea, se evade del sistema que le está ayudando a perpetuarla en el papel. Y además, tengo mis paseos. Mi

libertad de tomar un autobús al azar y bajarme en la parada que me apetezca para examinar el barrio donde esté; perderme entre sus callejas y encontrar una intención, un trasfondo, a los rostros desconocidos que voy viendo desfilar y que no volveré a ver más porque, aunque se reproduzca el encuentro, no nos reconoceremos... Y es lo que voy a hacer ahora mismo. Vagabundear. Hasta la semana próxima no ocuparé el puesto vacante, y voy a aprovechar el tiempo.

Dejando a una viuda de Miramón atónita, desconcertada, que nos respondió a la perorata más que con un suspiro y un meneo de cabeza, Facundo fue a peinarse, se puso el gabán y salió a la calle.

Era una tarde de invierno iluminada por un sol ya en estado de coma, redondo y cobrizo. Soplaban rachas de viento helado, como bofetadas. Eran los parques viñas gigantes. Pisaba fuerte la gente, con la nariz enrojecida. La tarde aquella, limpia de nubes, hubiera hecho trabajar a Velázquez.

Bajó Facundo por la calle de Bailén. Se sentía contento y libre. Los jardines de Sabatini estaban desiertos, dejando aparte a dos o tres viejos que miraban sin mirar, ya tan enjutos que el cierzo no hacía mella en ellos.

Subió la escalinata, pasó revista a los reyes godos, y después fuese hacia San Francisco, no sin antes meditar un rato ante el busto de Larra, el sarcástico suicida. Llegó al paseo de los Melancólicos después de atravesar el puente de Segovia, gigantesco ciempiés gris sobre un Manzanares macilento y opaco. Subió la cuesta que llevaba a las Sacramentales. Los cipreses le daban pinceladas al vacío a cada golpe de viento, capuchinos de chafado capirote verduco. Facundo subía a zancadas, contento porque iba a visitar a sus seres sacados de la fosa a base de imaginación: allí estaría don Adrián Jiménez y Jiménez, notario, fallecido cris-

tianamente a los cincuenta y siete años de edad (¡cuántos primos se sacaban por conveniencia familiar en mil ochocientos sesenta y tantos!) Miramón se imaginaba al difunto vestido de levita con tono oscuro, corbataza aplastonada surgiendo de una barba apostólica con la coquetería de dos terminales engomadas y en punta, pantalón estrechado a partir de la rodilla, de petimetre, botines flamantes y pelo entrecano. No le faltaban los guantes de cabritilla ni el bastón-estoque con puño de plata, ni la chistera en forma de chimenea. Le concedía buena memoria, genio vivo, carácter estricto y cariño a la buena mesa y a las mozas de mesón. Liberal, independiente, guapo hombre de renta holgada, no se había casado, porque, al contrario de lo que sucedía en la mayoría de las lápidas, no había venido a reunirse con él viuda alguna. Su nombre figuraba, solitario, sobre el mármol. Estaría Bernardina Villarreal Gámez, enterrada en 1877 a los veinticuatro años de edad. Otra soltera galdosiana, menuda, pálida, tímida, de familia venida a menos tras haber conocido el más. Nunca fue pretendida, ni pretendió que la pretendiesen por la razón lejana que diera Facundo a su madre: los espejos no mienten, y los afeites ridiculizan y destruyen. Había leído —o pasado por el texto la vista— a los clásicos. No había muerto de tisis, ni de garrotillo. Un día, con la mejilla sostenida por la palma de la mano y un libro sobre la falda, se había muerto de aburrimiento, contra el cual el único antibiótico es la imaginación. Y carecía de aquel recurso. No faltaría el gobernador Ruiz de Allende, longevo que había hecho traer de sus Canarias gobernadas las cenizas de su cuerpo falto de halo, vestidas con el traje de gala de general de división. Había llegado a la increíble edad, en 1868, de setenta y cinco años. Facundo le imaginaba chillón, muy repeinado, adicto a la ópera, sobre todo a los entreactos, porque durante los actos se dormía. Conspirador de boquilla, con ideas poco concretas (aparte de las ordenanzas militares edictadas por Carlos III) acerca de lo que era realmente la política, se sentía subra-

yado por la idea de salir de noche con camuflaje de embozo y sumergirse en la neblina de denuestos, proyectos y «estohadeterminarse» de cualquier bodega oculta a la que el acetileno concedía aspecto fantasmal y lóbrego, estirando las sombras de los conjurados que no sabían qué querían, pero que no conocían aún el fútbol.

Le habría encargado su busto en bajorrelieve, el que montaba guardia en ángulo recto con la losa, a Bartolozzi, en vida. Se había casado, y tenido tres hijos. Todos habían sido oficiales. «¡Qué tentación para un coleccionista de armas! —solía pensar Miramón—. Ahí dentro debe de estar todo plagado de sables.»

Había llegado. El ordenanza, un hombre ratonil, portador de lentes de marco redondo, hirsuto de pelo y sumido de mejillas, escribía algo en un papel de barba con una pluma de manguillero.

—Vamos a cerrar muy pronto —le advirtió.

—Con media hora me basta —repuso Facundo—. Daré el paseo en seguida —el ordenanza le miró, frunciendo una ceja, y le dijo:

—¿Quiere usted decir que no tiene usted ahí dentro a ningún allegado?

—No. Tengo a mi padre en la Sacramental contigua.

—¡Y viene aquí sólo a pasear! —dejó el otro el manguillero, con cuidado, en su soporte.

—¿Por qué no? Esto es un jardín como otro cualquiera: un parque. Contiene cadáveres, pero también los contiene todo terreno fuera de estos límites. Cadáveres de hombres de Cromagnon y de Neanderthal que fueron nuestros antecesores en la prehistoria y que, como dice el texto bíblico, y ese simpático cartelito colocado ahí en latín con letras doradas: «in pulverem reverteris». ¡Vuelve el polvo al polvo, simpático ordenanza!

—¡Yo no soy un ordenanza! —se indignó el otro—. ¡Soy el encargado! ¡Y ya me está mosqueando tanta visita al recinto sin tener en él allegado alguno! ¡Daré parte a mis su-

periores de que un excéntrico ha tomado esto por el parque de la Fuente del Berro!

—Dé parte. Como ciudadano, tengo derecho a entrar aquí cuando me plazca. Y no me haga perder más el tiempo. Hasta ahora.

Una vez franqueado el atrio, deambuló por entre las malas hierbas y las tumbas, «cazando duendes», como solía decir. Ya no sólo se dedicaba a crearle una existencia a aquellos sepultados, sino que luego, cuando saliese, haría lo propio con la gente viva, desconocida, que encontrara. Hallaría alguna taberna fétida donde no le faltarían personajes que computar, ordenar y colocar en el tipo de reacción que tendrían dado determinado caso. Sin darse cuenta, se estaba convirtiendo en aprendiz de brujo en el terreno de la psicología. Y lo malo era que estaba totalmente convencido de sus deducciones. Y ya hemos dicho que Miramón era meticuloso en lo referente a corregir sus errores y reconocerlos.

Iba sintiendo, al par que los días pasaban, que se le había concedido una facultad ilimitada al nacer. Una dosis de electricidad superior en sus procesos intuitivos.

La conexión de las neuronas en conjuntos neuronales nos lleva a un estado funcional basado en las actividades superiores, en el hombre y en el animal. Pero existía en la organización neurótica de Facundo una clase superior de principios de función de los que depende la consciencia de la información exterior que se recibe y almacena en el sistema nervioso. Como un acumulador de enorme capacidad, la retroconsciencia de Miramón era un auténtico aparato de rayos X psíquico. Bastaba el contorno de una figura para que le atribuyese una personalidad que sabía exacta. Y que sabía que sabía, además de saber cómo, cuándo y por qué corregir los errores que se produjeran. Todo empezó como un juego misantrópico de dotar los cuerpos imaginarios a los esqueletos que yacían en San Justo y San Isidro, y continuó con la observación discreta de entes vivos, a los